

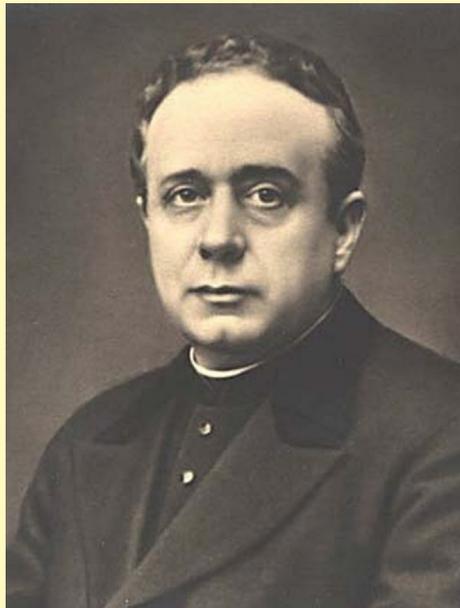
Pedro Poveda Castroverde

Nació el 3 de diciembre de 1874 en Linares (Jaén). Estudió en aquella ciudad e ingresó en 1889 en el Seminario de Jaén. Trasladado a Guadix (Granada), se ordenó sacerdote en 1897. En esta ciudad obtuvo el título de bachiller en Teología y en la Facultad de Sevilla el de licenciado. Después de varios años de estancia en Guadix, fue nombrado canónigo de la Basílica de Covadonga en 1906. Siete años más tarde, se trasladó a la diócesis de Jaén, donde trabajó como profesor del Seminario, de las Escuelas Normales y del Instituto de Segunda Enseñanza. Designado Capellán Real en 1921, a partir de esta fecha se instaló en Madrid. Murió en los primeros días de la Guerra civil española, el 28 de julio de 1936. **Su autodefinición ante quienes le arrebataban la vida fue: «Soy sacerdote de Cristo».**

Fue en Guadix (1894-1905) donde se despertó su vocación por la promoción de los marginados. En el barrio de las «cuevas» de esta ciudad se identificó con los problemas de sus vecinos, compartió su modo de vivir y realizó una ingente labor social mediante la creación de escuelas que todavía hoy perviven. Dedicó la estancia en Covadonga (1906-1913), aparte de sus actividades como canónigo, al estudio de las cuestiones pedagógicas en debate. En 1911 inició en Oviedo un movimiento de creación de Academias y Centros pedagógicos que concibió como pieza de un vasto plan para la formación cristiana y la renovación pedagógica del profesorado.

Trasladado a Jaén, impulsó y desarrolló el movimiento de las Academias a todo el sur de la Península. En esta ciudad conoció a la que habría de ser su principal colaboradora, Josefa Segovia. Las Academias y Centros pedagógicos fueron el germen fundamental de la Institución teresiana: el primitivo grupo de colaboradores y profesoras que compartió las tareas de Pedro Poveda se fue ampliando en círculos cada vez más extensos. Con el núcleo más cercano constituyó una asociación de seglares -la Institución teresiana-, que fue aprobada por el Gobierno civil de Jaén como asociación civil en 1917 y presentada en este mismo año para su aprobación en el obispado como pía unión de fieles. En 1924 fue reconocida como tal por Pío XI. Muy pronto la asociación impulsó la presencia de sus miembros en distintos países, especialmente en América (1928) e Italia (1934).

Al mismo tiempo que llevaba a cabo estas actividades e iniciativas, Poveda se implicó en otros movimientos educativos de interés general en la España de su tiempo, como las campañas de erradicación del analfabetismo (1922), la promoción educativa de regiones deprimidas, como Las Hurdes (1922), el asesoramiento de las asociaciones de padres de familia y maestros católicos (1927), o la organización de movimientos juveniles y de estudiantes universitarios (1929), sin descuidar la atención a los marginados, hacia quienes siguió prodigándose desde la Hermandad del refugio y piedad de Madrid (1930). **Puede subrayarse en primer lugar la idea, muy novedosa en su tiempo, de poner en marcha y de potenciar un movimiento de seglares.** Se trataba de una Asociación -la



Institución teresiana- compuesta por profesionales cristianos de la enseñanza, en su mayoría mujeres, a quienes Poveda exigió una acendrada preparación espiritual y técnica. El carácter seglar de la Asociación constituyó una novedad casi sospechosa en ciertos ambientes, ya que tradicionalmente la responsabilidad de la educación cristiana había estado en manos de las congregaciones religiosas. Esta estructura será, en el pensamiento de su fundador, algo no negociable. Tuvo una singular conciencia de la innovación que tal planteamiento suponía.

Un segundo elemento esencial fue el cómo había de llevarse a cabo la tarea propuesta: la presencia individual y responsable de cada miembro de la Institución en los ámbitos educativos y culturales de los que formaban parte, constituía la norma. Una presencia en el propio sistema de enseñanza establecido y en los foros de debate intelectual. Este modo de presencia laical, como tercer elemento, se debía acompañar de un marcado espíritu de tolerancia y comprensión hacia los hombres y los problemas de la propia contemporaneidad. Era un modo de solidaridad, no de complicidad, que nacía o debería nacer de la hondura de la vida interior. Actitud que suponía un particular modo de asunción de lo humano. La lectura del mensaje cristiano de la encarnación como fondo sustancial de su pensamiento suponía una percepción de las realidades humanas y terrenas no demasiado extendida en los ámbitos del momento.

El referente obligado para el modo de ser y estar en el mundo de los miembros de la Asociación lo encontró Poveda en la vida de los primeros cristianos, apoyada -dadas las circunstancias de aquel presente histórico- además, en el espíritu de fortaleza de Teresa de Jesús. Los «nuevos cristianos» habrían de reasumir con todas sus consecuencias los compromisos radicales del bautismo en la cotidianidad de su trabajo y en medio de una sociedad secularizada.

(Texto de D. Gómez Molleda)

TESTIMONIO DE SAN JUAN PABLO II

Al beatificarlo: (10 de octubre de 1993): *Gran apóstol y sacerdote, cuya espiritualidad tenía como centro el misterio de la Encarnación, especialmente Cristo crucificado, hasta el punto de pedir a sus seguidores que fueran “Crucifijos vivientes”, basando en ello su programa de “formación seria” y “virtudes sólidas”, que exigía a quienes debían ser “tan singulares en lo interior como comunes en lo exterior”.*

Al canonizarlo (4 de marzo de 2003): *Captando la importancia de la función social de la educación, realizó una importante tarea humanitaria y educativa entre los marginados y carentes de recursos. Fue maestro de oración, pedagogo de la vida cristiana y de las relaciones entre la fe y la ciencia, convencido de que los cristianos debían aportar valores y compromisos sustanciales para la construcción de un mundo más justo y solidario. Culminó su existencia con la corona del martirio.*